

Pero mientras que un patriotismo ciego reposaba soñoliento en medio de las memorias

opinión pública, pintando á los demas como hombres infames. Oprimido, pues, el varon probo, despreciado el varon que tiene ingenio, se da el titulo de valor á la petulancia, de verdad á la calumnia, de amor de lo justo á la sed insaciable de venganza y de noble emulacion á la envidia profunda de la gloria agena. Algunos esforzándose en vano para encontrar delitos en el hombre que desearian ver culpable, abren un proceso inquisitorial sobre su vida pasada, trasforman el error en crimen, y citan al supuesto delincuente, para que pague un delito que no ha perpetrado, porque ninguna ley prohibia el hecho de que se le culpa. Entonces los necios aplauden al calumniador, los poderosos sacan partido de la delacion para oprimir al hombre bueno, y el vil se agrava sobre el perseguido para acariciar al potente *en defensa de Monti*.—Este mismo Fóscolo, para no servir á los austriacos en el año de 1815 se refugió en Suiza, pero tan luego como se supo, se hizo cundir la voz de que habia tenido una comision secreta por el gobierno austriaco para inducir á los cantones á verificar la entrega de los oficiales refugiados, por lo que Fóscolo, encendido en ira, escribia: "no dejareis, por cierto, de conocer cuán pestifera es para los pueblos esta vieja costumbre italiana, de recoger y restaurar á la luz de un sol resplandeciente las calumnias políticas que algunos de vuestros hombres de Estado, que ofrecen sus servicios á cualquiera extranjero, siembran de noche. Estos tales pretenden consolar al que les acusa, les interroga ó se queja, diciéndole *no se nada de eso*, ó pretenden confundir con manifestar la abominacion en que tienen á los calumniadores.... Y tal vez con obligaros á tener vergüenza de la envidia iracunda, de los vituperios mútuos, de las sospechas inconsideradas, del interpretar malignamente las generosas intenciones, del presuponer imposible toda virtud y del cooperar delirando á la obra de los traidores, los cuales teniendo el tizon de la calumnia en la mano, vuelven á encender en vuestras ciudades las sectas que únicamente vuestras fuerzas separaron, con objeto de poner esas ciudades á merced de cualquiera extranjero, y hoy tambien os arrastran para que infamándoos reciprocamente en el honor, quedeis mas bien postrados que encadenados, porque convirtiéndoos en esclavos infames, sereis mas útiles.... Cumpliré, sin embargo, mi principal deber sobre este asunto, no dejando de persuadiros, oh italianos, á cualquiera secta que pertenezcais, que no os queda mas partido que el de respetaros á vosotros mismos, á fin de que si os oprimen no os desprecien á lo menos."—Y en otro lugar dice: "¡Cuán grandemente no ha corrompido á Italia, y aun mas á Milan, esta peste de la calumnia! En esta misma ciudad sectas encarnizadas, las cuales atienden siempre á las ganancias que pueden redundarles, mediante preeminencias viles ó lucro, han aprendido como por oficio á exagerar las culpas y disimular las dotes apreciables de los adversarios. Dejad, oh monarcas, dejad despejada la arena si ambicionais tener mas bien siervos que ciudadanos."—Añade des-

de lo pasado, y se adulaba á sí mismo, casi avergonzándose de descubrir la verdad; ó mas bien, mientras la impaciencia del yugo que oprimia, estimulaba cada vez mas á la intolerancia de los mismos poderes tutelares; los hombres que abrigaban buenos sentimientos, no dejaron de estudiar al país y á sí mismos; no disimulaban los males, sabiendo, sin embargo, que es mas fácil y sencillo indicarlos que sanarlos; y no fijaban con especialidad la mirada en los enemigos, sino mas bien en sus compatriotas, para escudriñar si éstos tenían bastante fuerza y constancia para resistir la seduccion (1), y aquella energía que

pues, que el gobierno se habia hecho "monopolizador universal de las gacetas; y que por este medio infamaba sumariamente á aquellos hombres que no tenia en su gracia ó no se atrevia á oprimir bajo el peso de su hacha."—Y este mismo Fóscolo apostrofando á los que desaprobaron su defensa (broma ordinaria á que se acude) decia: ¿Deberemos, pues, aunque tengamos la conciencia de nuestra propia honradez, sufrir que nos infamen y callarnos por una torpe modestia? ¿mientras que otro se prepara á cubrir de ignominia hasta nuestros sepulcros, aguardaremos que la posteridad nos justifique?"—Bosquejando el carácter de los italianos, decia, que "mientras casi todos aspiramos á la independencia, conspiramos todos para esclavizarnos...." Esta secta de liberales se contenta con el honor de desear abiertamente la independencia, pero deja á otros el pensamiento y los peligros necesarios para apresurarla, no dejando por lo demas de linsonjearse que llegará á impetrarla, sea cuando fuere, mediante la conmiseracion que le será prodigada por otras naciones.... Os manifestais encarnizados en el campo de batalla, sagaces en discernir las artes de la tiranía; concordéis en quejaros de ésta; sin embargo, permanecéis siempre en la inercia y odiosamente divididos cuando tratáis de sacudir su yugo.—¿Podreis, pues, tener una fundada presuncion de que no vivís siervos?

(1) Un antiguo anónimo que nos dejó una coleccion de máximas morales y políticas, escritas en verso latino, compara con mucha agudeza de ingenio el lenocinio y las lisonjas artificiosas de un mal gobierno, con las miradas de una hermosa mujer, diciendo que estas son parecidas á las flechas del arco saetador del demonio, que hieren cruelmente.

*Formosæ aspectus mulieris daemonis arcus,
Per quem missa ferit dira sagitta viros.*

Y en otro lugar, califica de necios á los que buscan tesoros en países extraños, descuidando los bienes verdaderos que puede proporcionarles su patria.

*Quisquis per mare, vel per terras acquisitas aurum,
Stultus erit, patriæ cum malè inquit opes.*

[Nota del traductor.]

no cede ni se retrae encontrándose frente á frente de los obstáculos; si estaban lejos de las vaporosas locuacidades que alternan entre risas convulsivas y el abandono del desaliento; si tenían el afecto propio para edificar, mientras que la pasion no hace mas que acumular los materiales; si poseian la perseverancia en aquel progreso que consolida y no destruye; si alimentaban el sentimiento del derecho y del deber, y sobre todo, si se dejaban dominar del espíritu de concordia y dignidad: en fin, no perdian de vista ni por un solo momento, que las esperanzas de un pueblo se estienden sin término, y que para reconstruir las naciones es menester no tan solo prudencia en tomar una resolucion, sino tambien firmeza en ejecutarla. Los largos dolores educan á los pueblos, y finalmente, llega el instante en que una voz, evocando las sombras, dice á los huesos áridos y descarnados, *levantaos*. Pero á fin de evitar á lo menos las armas emponzoñadas del ridículo, si el golpe fracasaba, los buenos italianos recordaban sin cesar á sus compatriotas, que una revolucion siempre fácil á ejecutarse, y con especialidad en la península itálica, no tiene la misma facilidad de medios para hacer salir de su seno una sociedad nueva que se defiende, que se coordene y gobierne por sí misma. Pero, como puede naturalmente suponerse, éstos que así discurrían eran mas vilipendiados que atendidos.

Hemos hablado particularmente de Lombardía, porque nos es conocida, mas que el resto de Italia; y porque ha sido siempre y por largo tiempo será aún [dígase lo que se quiera], el pedestal de las suertes itálicas. Diremos, sin embargo, que lo que va referido hasta ahora de aquel país es aplicable y tal vez con mas razon, á todas las otras provincias italianas. El resto de la península estaba persuadido de la omnipotencia material representada por el Austria, por lo cual se sometía con mas ó menos resignacion á sus órdenes é inspiraciones. Sin embargo, no queremos pasar por alto, que las demas provincias italianas, en vez de intentar la iniciativa con ejemplos que redundasen en deshonra del extranjero, hacían anhelar por el contrario su administracion.

Los pequeños ducados alrededor del Pó eran una especie de feudos imperiales. Parma fué cedida vitaliciamente á la archiduquesa María Luisa, la cual con sus bienes particulares sostenia la escasa hacienda para que la deuda pública no tomase incremento. El duque de Luca administraba con mas descuido aún su Estado que no le inspiraba afecto, ni por memorias dinásticas ni por esperanza (1). Módena representaba en la per-

[1] Es todavía un enigma y tal vez lo será siempre, no tan solo para los italianos, sino tambien para los extranjeros, la conducta obstinada y retrógrada que observó el duque de Luca en los últimos acontecimientos políticos de Italia. Este príncipe, antes de aquella época, no contentán-

sona de su señor un régimen absoluto y paternal, pero infamado por los suplicios aplicados á las cosas de Estado, por el odio á toda especie de innovacion, y por el monopolio.

En Toscana, exenta de revoluciones, ninguna necesidad de medidas rigurosas descompuso la doméstica armonía, que mediaba entre los súbditos y su príncipe, apoyado en la tradicion de la bondad patriarcal de su dinastía [1]. Las bellas artes y el clima atraían

dose con dar refugio á los emigrados, entraba tambien en conferencias políticas con ellos, manifestándose contrario á las medidas rigurosas del Austria, y diciendo sin rodeos de ninguna especie ni preámbulos, que la conducta del gabinete de Viena y los consejos de Meternich estaban en abierta oposicion con el siglo. Hablaba ademas con anhelo de reformas, de gobierno representativo, y tambien con poca discrecion y respeto de innovaciones religiosas. Estos procederes le hacían idolatrar de su pueblo, el cual únicamente se quejaba de que su duque permanecía largas temporadas en Viena; y los liberales exaltados de las demas provincias de Italia, no pudiendo de ninguna manera atacar su gobierno y su conducta, se desahogaban en sátiras insulsas y ridiculas, ya llamándole *don Juan el protestante*, ya calificándole con el titulo de duquesito regenerador, y otros apodos semejantes que no conducían á nada. Sin embargo, este mismo personaje, cuando estallaron las últimas revoluciones en aquella península, se manifestó obstinadísimo en sostener lo antiguo; lo que demuestra claramente que el hombre se inclina mas bien á ceder voluntariamente, que obligado por la fuerza, sus prerogativas y poderes.

(1) Nosotros, muy agenos de toda exaltacion, y que queremos siempre ser imparciales, no podemos menos de confesar, que el gobierno de Toscana, antes de las últimas revoluciones de la península, era un modelo de bondad y de aquellas virtudes sólidas y tranquilas que dan por resultado la felicidad de los pueblos, y un amor de familia entre éstos y su monarca. Algunos liberales decían que la buena administracion y el gobierno de aquel príncipe, no tenían mas bases que su bondad natural, y que por lo tanto la felicidad del pueblo toscano podia trocarse de un momento á otro en la mas atroz tiranía; y finalmente, sostenían, que aquella tranquilidad profunda y satisfaccion general enervaban la nacion, quitándole su fuerza y energía. En cuanto á la primera parte, aunque se les podía oponer que las leyes mejores y mas sólidas son las consuetudinarias porque connaturalizan con el hombre, era menester tambien convenir en que las leyes sancionadas brindan con mas seguridad á un reino reducido, y que eran en gran parte necesarias á la Toscana, que estaba indirectamente, así como las demas provincias de Italia, sujeta al poder del Austria, la cual repetidas veces obligó al gran duque á tomar resoluciones que repugnaban á su carácter bondadoso, como por ejemplo sucedió, cuando el gabinete de Viena quiso que impidiera la *Autología de Florencia*, periódico muy célebre

un crecido número de extranjeros á aquel país; la universidad de Pisa, justamente ilustre por sus grandes profesores, abundaba de estudiantes; el ácido bórico que se extrae de sus *Lagoni* (1), el hierro de la isla de Elba, los ferro-carriles y la libertad de comercio aumentaban sus capitales; tomaba tambien incremento la poblacion mediante la desecacion de las lagunas entrecortadas por porciones de terrenos secos, y llamadas en italiano con el nombre especial de *marémme* (2): empresa llevada á cabo con mas buena voluntad que cálculo exacto. Pero aquel gobierno no descubria intenciones iniciadoras, y se manifestaba mas descuidado que suave, en un país mas bien soñoliento que tranquilo (3).

en Europa, tanto por sus artículos literarios como por los buenos principios de una política moderada que ponía en circulación. Con respecto á la segunda parte, el aserto de los liberales, podemos refutarlo sencilla y terminantemente, con exigir que nos contesten á estas pocas preguntas. Todas las revoluciones políticas del mundo ¿se han hecho tal vez para vivir en el estado de guerra y en continuas agitaciones, ó mas bien para reconquistar la paz y una administración tranquila y paternal? Si es cierto que las vicisitudes políticas y las revoluciones hacen perder repetidas veces la fe y dan al espíritu de las naciones un carácter vacilante, no exento de aquellos vicios, que rayan en la anarquía y en los excesos, ¿cómo puede admitirse en buena lógica que la paz y la felicidad pública, que dan lugar al ensanche de nuestras facultades intelectuales, y á todas las artes industriales, enerven la energía y la fuerza de un pueblo? ¿Ojalá pudieran las teorías políticas elevarse hasta el punto de obligar á los ambiciosos á desistir de sus medidas coercitivas, para echar mano de las reformas, que desenterrando las memorias de todo lo que tenían de bueno nuestros padres, conaturalizan las instituciones gubernativas hermanando lo pasado con las justas exigencias de lo presente!

[Nota del traductor].

[1] El ácido bórico es una sustancia binaria compuesta de oxígeno y de boro. Los *Lagoni* de Toscana son manantiales de aguas minerales entremezcladas con sustancias volcánicas de donde se extrae el boro, ó mas bien como se dice comunmente, el borace.

[Nota del traductor].

(2) En italiano la palabra *marémme* en su verdadera aceptación significa dehesa ó campo cerca del mar, pero se ha aplicado este nombre á las lagunas abundantes en aguas entremezcladas con lodo tan compacto, que forma una especie de terreno movedizo, sobre el cual no se puede andar sin grave riesgo; y finalmente, se llama *marréma* cualquiera especie de agua cenagosa. *Le marémme* de Toscana pertenecen en su mayor parte á esta última clase.

[Nota del traductor].

[3] Nuestro autor está en oposición con lo que acabamos de esponer en la nota anterior, acerca del gobierno de Toscana; pero en esto César Can-

En los dos reinos estremos de Italia, á saber, el Piamonte y las Dos Sicilias, dos jóvenes monarcas se profesaban amantes del bien de sus pueblos, aunque no sabian siempre escoger los caminos mas á propósito para conseguir su intento. Hablaremos de Carlos Alberto cuando se presente en el punto de cumplir las esperanzas nacionales, contentándonos por ahora con hablar del otro monarca. El reino de Nápoles (1) pagó con mucho oro y gran derramamiento de sangre tres revoluciones que dejaron una larga herencia de llagas gangrenosas y rencores. Fernando II, habiendo llegado á ocupar el trono sin tener motivos que le incitaran á la venganza, comenzó su reinado prodigando promesas que en parte cumplió (2). En efecto, se conservó en aquel reino mucho de lo bueno que habian introducido los franceses, y tambien los códigos, arreglándolos á las necesidades del país. Allí los títulos de nobleza perdian cada dia mas su fuerza, observando la misma marcha que se verificaba en desmembramiento de las grandes propiedades. Las órdenes religiosas se han reducido á una tercera parte de lo que eran antes de la revolución (3); el clero está en proporción de

tú no hace mas que seguir la opinion general; y es por lo que hemos querido precisamente emitir una idea imparcial y bien fundada sobre el particular.

[Nota del traductor].

(1) Queremos advertir á nuestros lectores, que el reino de las Dos Sicilias suele tambien llamarse indistintamente reino de Nápoles; por lo que cuando se dice únicamente reino de Nápoles, no se hace mas que trocar dos nombres que son sinónimos.

[Nota del traductor].

[2] Dice César Cantú, que el rey Fernando II cumplió parte de sus promesas: en esta ocasion no dejamos de avenirnos con lo que asegura nuestro autor, pero maldiciendo á nuestra flaca memoria, porque á pesar de ser sicilianos, de haber presenciado los actos y los hechos del gobierno napolitano y de no ser viejos para chochar, no hemos podido lograr el deseo de recordarnos de una sola de las promesas cumplidas por aquel monarca, que respetamos porque somos hombres amantes del orden. En cuanto á lo que dice nuestro autor, con respecto al mantenimiento de las buenas reformas introducidas por los franceses, creemos que en esto no entra para nada el cumplimiento de las promesas, porque habian sido de otra naturaleza, como César Cantú por cierto no ignora.

[Nota del traductor].

(3) Nuestro autor, por lo que parece, alude en este pasaje á la gran revolución que motivó la ocupación francesa, porque las cosas de que habla, aunque indeterminadamente, se refieren casi todas á aquella época. Pero en esta ocasion, nuestro autor habria procedido mas acertadamente, si en vez de atenerse á su acostumbrada concisión, que á veces raya en densa oscuridad, como podrán observar los que consulten el texto original, nos hubiese hablado con mas distinción de los hechos,

las necesidades y no tiene hácia Roma aquel espíritu de hostilidad que en el siglo pasado lo sujetaba al poder. Los pescadores de coral, en número tan crecido en otra época, que fué menester compilar para su arreglo un código llamado *Coralino*, hoy han desaparecido casi enteramente, pero crecen en vez los buques mercantiles y el ejército. El comercio de los azufres, que constituye una mina inagotable de riqueza para Sicilia, estuvo á pique en 1838 de causar una guerra con los ingleses (1); sin embargo, el gobierno quiso en esta ocasion conservar los privilegios en favor de los contratos estipulados, prefiriendo mas bien respetar éstos últimos que aquella libertad de comercio, que podría únicamente prevenir la concurrencia de otros países. Fué entonces cuando se conoció la necesidad de aumentar la marina y escudar la capital espuesta á los peligros de un asalto. (2).

Encaminándose de esta manera el pueblo

tirando una línea de demarcación entre los que pertenecen esclusivamente á las provincias napolitanas de tierra firme, y los que tienen únicamente relación con la isla de Sicilia.

[Nota del traductor].

(1) La Inglaterra sola consumió en el año de 1840, un millon de quintales de azufre.

[Nota del traductor].

[2] Sentimos mucho que César Cantú toque tan superficialmente una cuestión capital para el reino de Sicilia como la de los azufres. El gobierno napolitano tan luego como conoció que aquel mineral era un manantial de riquezas inagotables, sin cuidarse de las reclamaciones de los propietarios, estipuló un contrato con una compañía francesa llamada *Taix* y *Aicard*, en virtud del cual se obligaba á todos los propietarios de azufre á vender su producto únicamente á la compañía sobredicha. Entonces los ingleses, que habian estipulado con los sicilianos contratos preventivos al de la compañía *Taix*, &c., reclamaron al parlamento británico, calificando de ilegal lo establecido por el gobierno de Nápoles con una compañía extranjera que violaba los derechos sagrados de la propiedad y arruinaba á muchos comerciantes ingleses. El parlamento, tomando en consideración lo espuesto, hizo rescindir por el rey de Nápoles el monopolio establecido en favor de la compañía *Taix*, y amenazó con una declaración de guerra al rey de Nápoles si se negaba á sus exigencias. Con esta oportunidad se publicaron un diluvio de memorias contra la compañía *Taix* y la estipulación del monopolio; entonces el gobierno de Nápoles, queriendo defenderse, hizo escribir tambien algunos papeluchos en su favor, que se imprimieron para darles mas importancia con pomposas portadas que indicaban haber sido publicados en países extranjeros y por personas imparciales. Pero estos subterfugios no tuvieron ningun buen resultado para el gobierno, y la Gran-Bretaña, bien fuese con razon ó sin ella, ganó el pleito y aventajó todo lo mas posible los intereses de los propietarios de azufre en Sicilia.

[Nota del traductor].

hacia las mejoras, el cuadro pintoresco de las costumbres estrañas cede el lugar á un vivir mas regular y civil; las que apenas hoy el curioso viajero encuentra en Nápoles, aquellos lazarones, (los *lazaroni*, nombre que se da á la hez del pueblo napolitano), aquella desnudez y aquellos salteadores que ocupan todavía un puesto muy distinguido en los viajes novelescos y en las descripciones con que se brinda al público, mas bien por lo que se ha oido que por lo que se ha visto [1]. El vulgo de aquel país conserva todavía un carácter bullicioso, pero no insubordinado; alegre, pero no disoluto; y puede esperarse con fundamento que desaparecerian todos los demas vicios suyos, siempre que tomasen incremento la instrucción y los trabajos públicos. El gobierno y las comisiones provinciales no han dejado, por su parte, de mejorar la agricultura, introduciendo métodos y productos nuevos, rompiendo las trabas de las servidumbres agrarias, y dando providencias oportunas para la estensa dehesa, que se llama comunmente el *Tuvoliere* ó *Tavogliere de Pulla*, para los fideicomisos y los muchos fondos de manos muertas ó municipales. Un país de seis millones de habitantes y que puede sobrellevar el cargo de cien millones de impuestos, ¿no puede aspirar á una inmensa grandeza con tal que lo quiera?

Sin embargo, quedaba todavía en Italia la plaga muy considerable de un dominio que reconcentra en una misma persona la soberanía temporal y el imperio sobre las conciencias. Vertiéndose, pues, sobre la persona del pontífice el odio que merecía la mala administración de aquel reino, muchos aborrecían por política el espíritu organizador del catolicismo, aunque es el solo que ha conservado á la Italia un primado en los tiempos modernos.

Pero mas que los delirios de la fe y de la ciencia parecían temibles para Italia los que son propios de la indolencia y de la voluptuosidad. Causaban tambien temor la desesperación cobarde que previene el experimento, y el acto de abandonarse descuidadamente á los males, contra los cuales no se tiene bastante valor para esforzarse en busca de los remedios verdaderos y oportunos.

Diremos, pues, que entre éstos no se deben juzgar últimos los remedios materiales y el cuidado de aumentar y distribuir con tino la

[1] Esto que dice César Cantú no es enteramente exacto, porque abundan todavía en Nápoles los lazarones y la desnudez. En cuanto á los salteadores á decir verdad, no hay muchos; pero tampoco han desaparecido completamente en algunos puntos de la Calabria, y con especialidad en el camino de Nápoles á Roma. Entre los muchos viajes novelescos por aquel país merece un lugar preferente el que escribió el famosísimo Alejandro Dumas, patriarca de los que escriben lo que se figuran y jamas lo que es verdadero.

[Nota del traductor].

riqueza nacional. La Italia, que posee veinticuatro millones de habitantes, todos católicos y que hablan casi un mismo idioma, está desmoronada en quince estados, entre los cuales hay siete que pueden reputarse enteramente extranjeros. Posee, geográficamente considerada, excelentes fronteras militares, fortalezas inespugnables, puertos muy cómodos, y canales y ríos que no se cubren nunca de hielo. Las minas de hierro de la isla de Elba, el cobre de Agordo y de la Toscana, el cáñamo del Bajo Pó, los bosques de los Alpes y de los Apeninos pueden proporcionarle todo lo necesario para formar una excelente marina tan oportuna para la península itálica, que se sienta entre dos mares, mirando desde sus playas á Francia, á la Argelia, y á Grecia. Pero, á pesar de tantas ventajas y de los progresos de los últimos años, su marina es escasa é insuficiente; así que los lejanos consumidores no reciben directamente los aceites, las sedas y las frutas de Italia. Sus ejércitos son pocos y escaso el espíritu militar, y el que conduce á las grandes empresas; la educación es pobre y superficial, por lo que los jóvenes que pueden jactarse de saberlo todo á los quince años, no saben mas cuando llegan á los cuarenta y cinco; las ideas prácticas son en corto número y no son populares; porque carecen de aquel espíritu de agitación que proporciona la publicidad; no hay la conveniente asociación de las fuerzas; no el sentimiento de la legalidad, ni el sosten mutuo, ni el respeto conveniente á la laboriosidad. La tolerancia tan necesaria en las opiniones encontradas, la dignidad de los procedimientos en las discusiones son tambien elementos que la Italia no posee. No hay inteligencia de sentimientos que reuna á los ingenios divididos entre sí, y cada cual es odiado, si no perseguido, en el pedazo de suelo que es su patria. Aquel país, no tan solo carece de igualdad en sus códigos civiles y criminales y en sus varios estatutos, sino que se diferencia tambien en las pesas y medidas y en el valor de sus monedas. Los mismos precios de los géneros estancados no tienen un punto fijo en las diversas provincias; y los multiplicados confines facilitan la impunidad y el inmoralísimo contrabando, aumentando las trabas y los gastos de la cobranza. En la Lombardia la actividad agrícola y la poblacion progresan, pero sucede lo contrario en las partes meridionales de la península, mientras que podrian allí encontrar un asilo y trabajos en que ocuparse los muchos habitantes de los Lagos (1) superiores y de la cercana Suiza, que emigran á regiones lejanas é ingratas. Diremos, finalmente, que Italia ahora que el Mediterráneo comienza á reconquistar su an-

[1] Aquí el autor se refiere á algunos países del Milanesado y de la Suiza, rodeados de una cantidad de aguas, las cuales forman casi pequeños mares, que se llaman Lagos.

[Nota del traductor].

tigua importancia, debe prepararse para que no le usurpe otro la utilidad que puede sacar de las nuevas comunicaciones, que le suministrarían campo oportuno para su actividad, facilitándole la manera de lograr aquellas nobles ventajas, que no serán nunca patrimonio de los indolentes.

PENINSULA IBERICA.

Francia podia llegar á comprender sin mucho esfuerzo y agudeza de ingenio, que la Santa Alianza del Septentrion si disimulaba, porque lo exigía así la necesidad, no dejaba de cobijar profundos rencores contra sus agitaciones y movimientos, de los cuales dependía el sosiego de Europa. La Santa Alianza, pues, esperaba con anhelo la oportunidad de restaurar, si no el absolutismo en aquel país, á lo menos el antiguo dominio borbónico que no infundiera temores en el ánimo de los monarcas, ni diera alas á las esperanzas de los pueblos. Era, por lo tanto, particular interes de Francia hacer de modo que se consolidaran en el Mediodía de Europa las constituciones, hasta el punto de poder equilibrar la fuerza de los gobiernos absolutos del Septentrion. Hablaremos mas adelante de Grecia y veremos de qué manera afirmó su gobierno; y en cuanto á Italia, decimos, que despues de haberse eclipsado la bandera tricolor, que ondeó por algun tiempo sobre las murallas de Ancona, volvió á caer bajo el protectorado del Austria, la cual, aunque resuelta á contrarestar toda especie de innovacion, y atenta á vigilar desde sus provincias italianas con las armas en el puño, lo que hacían las otras naciones, no tenía bastante fuerza para impedir el desarrollo de las esperanzas que veremos mas adelante próximas á su madurez.

En Portugal, el monarca habia llegado á reconquistar nuevamente su poder absoluto con el ministro Palmella (Abril de 1824); y su hijo don Miguel, que se habia declarado jefe de la faccion iracunda y absolutista y enemigo encarnizado de los francmasones, nombre con que entonces se distinguía á los liberales, invitó las tropas de la fe para que cumplieran la obra comenzada. Fué entonces cuando hizo prender á muchos, y á Palmella, bajo pretexto de haber descubierto una conjuracion: algunos creyeron que entraba tambien en sus planes obligar á su padre á una abdicacion; pero éste, sostenido por los diplomáticos, restauró su poder, y despues de haber perdonado á don Miguel su usurpacion, le envió á Viena para educarse, imbuirse en aquellos sentimientos tudescos que llevan consigo el aborrecimiento de toda especie de constitucion, y esperar tiempos mas oportunos. En aquella ocasion publicó tambien una amnistía, y encargó la recopilacion de nuevas constituciones para su reino. Entretanto las facciones fermentaban cada dia mas, y sumian á Portugal en mayor incertidumbre; pero la Gran Bretaña, que concibió

celos contra Francia, habiendo adquirido ya una superioridad en el país, indujo al monarca á reconocer la independencia del Brasil.

En esta circunstancia, sin embargo, no se pensó en las consecuencias que produciría la reunion de dos coronas que recaerian en una sola persona. En efecto, despues de haberse verificado la muerte de don Juan, surgió la dificultad de quién seria su heredero. Don Pedro, poseía ya un imperio independiente (19 de Marzo de 1826), pero su padre le habia reconocido tambien como heredero de Portugal; por lo que tomando desde luego el título de monarca de su nuevo reino, envió una constitucion y estableció la monarquía hereditaria, limitada por una cámara de pares, elegidos sin número determinado por el rey, bajo condiciones especiales, y por otra de diputados que debían ser nombrados por los electores de las provincias, los cuales á su vez debían ser elegidos por los de las parroquias y disfrutar de un renta de seiscientos francos. Esta constitucion, pues, era muy semejante á la francesa, diferenciándose tan solo en que la eleccion de dos grados se apoyaba casi sobre un sufragio universal. Don Pedro, deseoso de gloria y capaz de grandes expansiones, seguía el impulso dado por el nuevo liberalismo; pero no dejando de conocer que su constitucion conculcaba las antiguas franquicias, que motivaba discusiones y confusion, y que los absolutistas eran robustos, dijo, que apenas prestado el juramento á la Carta, renunciaría su trono en favor de su hija doña María de la Gloria, á quien quería casar con don Miguel.

Se prestó el juramento á la Carta; pero muchos portugueses emigraron á España, y apoyados por Fernando VII la rechazaron como opuesta á las instituciones nacionales. Entonces se puso á la cabeza de los armados el conde de Amaranta, y se observó uno de aquellos trastornos muy propios en las oscilaciones políticas; pues que algunos proclamaron á don Miguel, otros pretendieron que ocupara el trono otro monarca, y finalmente, hubo personas que proclamaron tambien á Fernando VII. Entretanto, don Miguel, estimulado por las insinuaciones de su hermano, se trasladó de Viena á Portugal, y juró la Carta (Noviembre, 1827), pero secundaba solapadamente á los absolutistas sostenido por la multitud. Habiendo evacuado á la sazón el reino las tropas inglesas, don Miguel, despues de haber recibido los fondos de un empréstito que habia negociado en Inglaterra, abolió el estatuto y la ley electoral, y reunió las antiguas córtés de los tres estados del reino. Entonces se agitó el gran punto de la sucesion, y habiéndose declarado que don Pedro debía considerarse como extranjero, don Miguel tomó el cetro de monarca absoluto [Julio de 1828]. Pero una gran parte de las tropas no se adhirió á la usurpacion, y los constitucionales proclamaron á doña María de la Gloria, dando la regencia de Portugal á Palmella. Estalló entonces una guerra ci-

vil; los que abogaban en favor de la Constitucion emigraron dispersados; los suplicios consolidaron la fidelidad, y la Gran-Bretaña se esforzó en vano para restaurar la paz con fomentar un matrimonio entre don Miguel y doña María.

La revolucion de 1830 no fué bastante vigorosa para rebajar la preponderancia de los absolutistas; y los patriotas que habian confiado en auxilios extranjeros, conocieron desde luego que no podían contar sino con sí mismos. Entre tanto se habia consumado en el Brasil la revolucion que indicamos mas arriba; por lo que D. Pedro, despues de haber abdicado aquella corona en su propio hijo, volvió á Europa. Habiendo sido saludado rey en Inglaterra y en Francia, reunió en su derredor á todos los emigrados (1833) capitaneados por Saldanha, y el nuevo ejército titulado: *Armada libertadora de las Azores*, llegó á Oporto, pero el pueblo lo rechazó. Fué entonces cuando una guerra encarnizada, pasiones celosas, hambre y persecuciones, dieron á aquella época el timbre de la amargura y de la miseria. Así D. Miguel como D. Pedro se vieron obligados á combatir con espadas extranjeras; el primero teniendo en su favor la del francés Bourmont, y el segundo la del inglés Napier. Cuando, finalmente, despues de haberse proporcionado Palmella, mediante un empréstito contraído con Inglaterra, buques y municiones, triunfó la causa de Doña María de la Gloria (1) (24 de Se-

(1) El triunfo de la causa constitucional en Portugal, fué un golpe tremendo para las potencias del Septentrion y con especialidad para el Austria, porque desde luego previeron que toda la península ibérica se emanciparía del absolutismo. En efecto, D. Miguel en los primeros tiempos de su emigracion, fué vilipendiado y escarnecido públicamente en Roma y en Génova, sin que los monarcas de aquellos países y sus autoridades pudieran remediar los desanes del populacho. En Génova no podia presentarse en público, ni pasearse por las calles sin verse abrumado de ultrajes, y una vez algunos marineros y otras personas de la hez del pueblo le persiguieron tirándole pelazos de barro y silbándole. En Roma le sucedió otra cosa por el estilo; así que, este monarca despreciado pudo encontrar paz y tranquilidad únicamente en Módena, durante su permanencia en Italia. Nosotros, amantes del orden, reprobamos siempre semejantes excesos; pero nos horroriza tambien la idea de las crueles ejecuciones y de los tremendos suplicios impuestos á los liberales portugueses por D. Miguel, que quería mantenerse en el poder con la violencia y derramando torrentes de sangre. Por lo demas, sin meternos en honduras políticas, ni entrar en discusiones acerca de los derechos de legitimidad, con respecto al trono de Portugal, nos contentaremos con referir un trozo muy significativo del conde de Maistre, el cual, aunque absolutista por principios, y tal vez por íntima conviccion, no pudiendo negar que los monarcas, cuando se escenden en el ejercicio de su autoridad y en actos